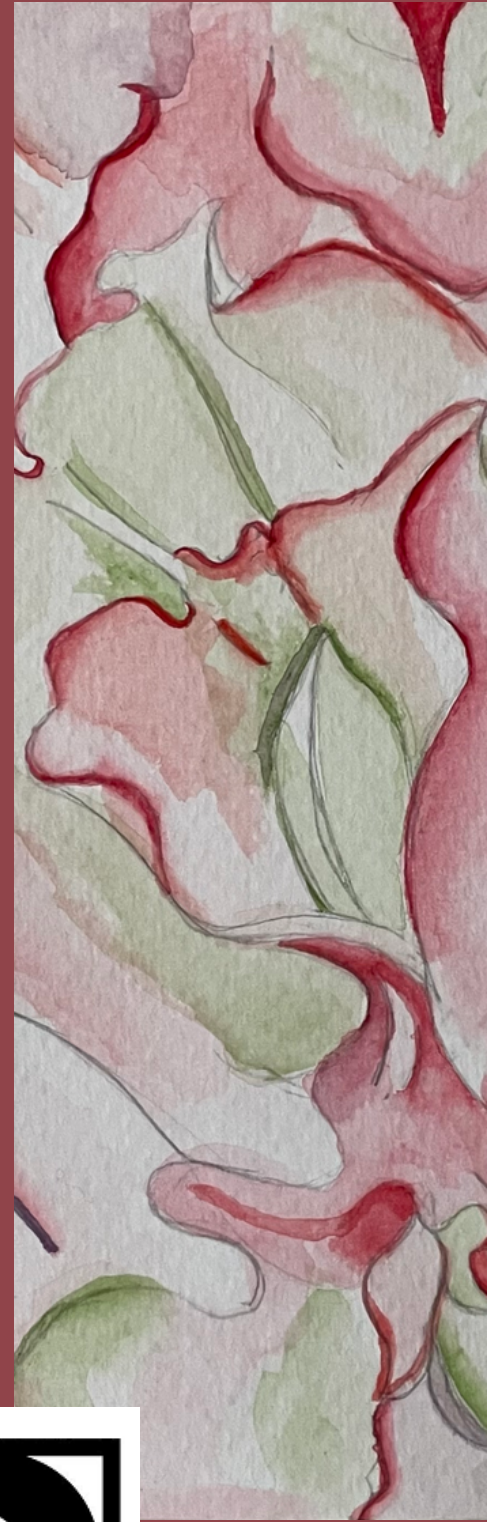
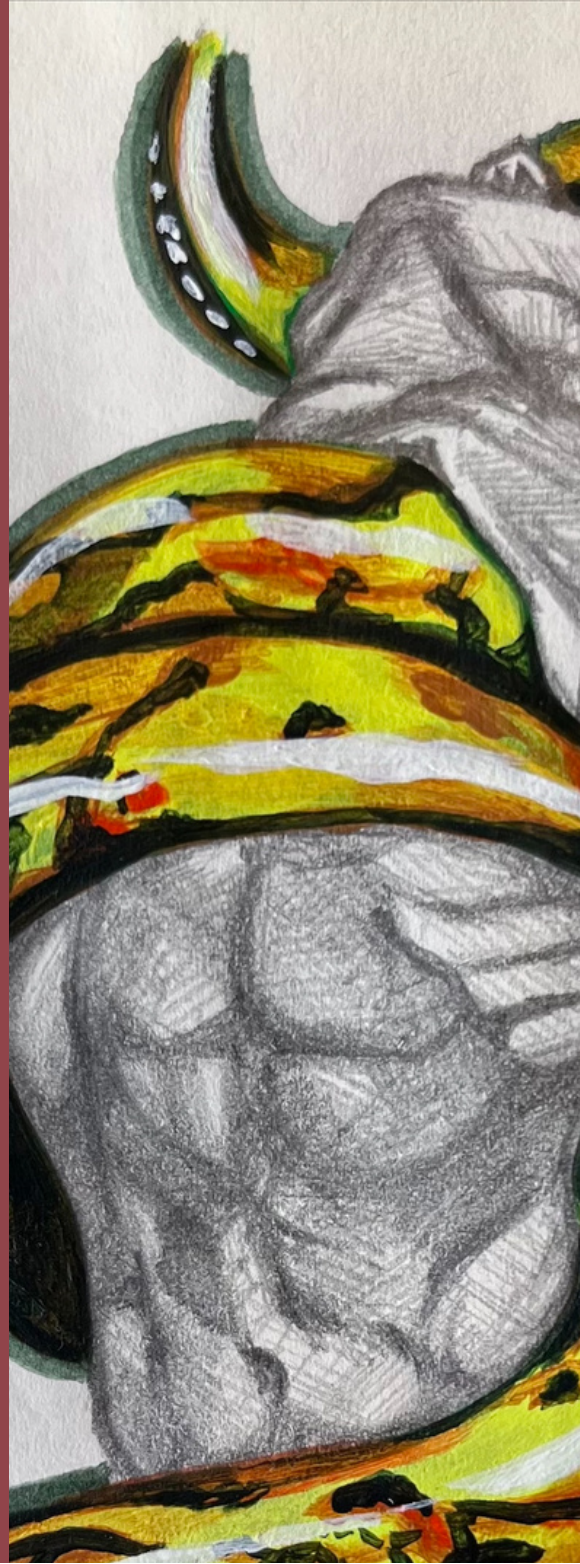


REVISTA  
ESTUDIANTIL

MAYO 2023  
Vol. 1, Núm. 1



**ARS  
BREVIS**

ISSN: 2837-8210



REVISTA ARS BREVIS

# CONTENIDO

Poemas  
Cuentos  
Ensayos

Dibujos  
Pinturas

Fotografías

Música

Marcel  
Antonio, p. 24

**4 Prólogo**

**5 Nota Editorial**

**6 Poema: La Loma de Don Paco**

Claudia S. Rivera Barbeito

**7 Dibujos**

Beatriz H. Bueno Plata

**8-11 Cuento: Un Asesinato desde una Ventana y un Incendio**

Roberto Lapetina Arroyo

**12 Fotografía**

Daniel E. Sepúlveda Alemañy

**13 Cuento: Desde mi Guarida en La Lázaro**

Cristina I. Fernández Hernández

**14 Pinturas**

María Elisa Barreras Torres

**15-16 Poema: Las Ruinas del Futuro**

Ian Alvarado Vélez

**17 Fotografía**

Daniel E. Sepúlveda Alemañy

**18 Relato: Y a ti, ¿te pesa?**

Jahdiel M. Berríos Rodríguez

**19 Dibujos**

Natasha Frontera Jiménez

**20-23 Cuento: Cabal**

Roberto Lapetina Arroyo

**24 Fotografía**

Marcel Antonio González Pedraza



# REVISTA ARS BREVIS

## **25 Poema: A la Felicidad**

Cristina I. Fernández Hernández

## **26 Pinturas**

Claudia S. Rivera Barbeito y  
Nicole Camacho-Fontánez

## **27 Dibujos**

Beatriz H. Bueno Plata

## **28-30 Escrito: Hace Tiempo No Hago Esto**

Gladys Flores Romero

## **31 Fotografía**

Daniel E. Sepúlveda Alemañy

## **32 Poema: Langosta #308A**

Roberto Lapetina Arroyo

## **33 Arte**

B. Marín Rodríguez

## **34-35 Ensayo: Paul Mescal Was Robbed**

Laura Torres Rodríguez

## **36 Pinturas**

Beatriz H. Bueno Plata

## **37 Cuento: En Primer Grado**

Cristina Fernández Hernández

## **38 Contribuidor(e)s**

## **39 Música y Redes Sociales**

Playlist de Spotify

Instagram

Telegram

### **Portada:**

Diseño gráfico *Ars Brevis* - Janice Delgado Díaz

Portada, Panel 1 - Nicole Camacho-Fontánez

Portada, Panel 2 - Beatriz H. Bueno Plata

Portada, Panel 3 - Claudia S. Rivera Barbeito

### **Vol. 1, Núm. 1:**

Editor en Jefe - Beatriz H. Bueno Plata (Co-presidenta)  
Co-editores - Roberto Lapetina Arroyo (Co-presidente),  
Claudia S. Rivera Barbeito, Janice Delgado Díaz,  
Juan Correa Rubianes (Retratos en página 5).

# PRÓLOGO

*Es con mucha alegría, satisfacción y entusiasmo que sumamos al acervo intelectual del país en materias de humanidades médicas a **Ars Brevis**.*

*Esta revista estudiantil ha sido gestada por el Grupo de Interés - Humanismo Médico; asociación reconocida por el Decanato de Estudiantes del Recinto de Ciencias Médicas como una asociación de estudiantes de la Escuela de Medicina de la Universidad de Puerto Rico. La sede virtual de la revista es un regalo de la Biblioteca Conrado F. Asenjo del Recinto de Ciencias Médicas por lo que, cónsono con la misión, visión y objetivos de nuestra universidad pública, la revista es de acceso libre y gratuito. Aspiramos a que la revista se publique anualmente y que, a través de los años, se le vayan sumando contribuciones de estudiantes artistas de otras disciplinas académicas y profesionales del sistema universitario. En este número contamos con la participación de estudiantes de la Escuela de Medicina; del Programa MD y del Programa de Ciencias Biomédicas.*

*La presente obra intercala trabajos creativos de estudiantes de medicina y de ciencias biomédicas desde la poesía, dibujo, cuento, fotografía, pintura, relato y concluye con una curación de música de artistas variados. Gracias al trabajo editorial de la co-presidenta de la asociación estudiantil, Beatriz H. Bueno Plata, el intercalado de obras ha sido una elección creativa en sí misma, pues, la motivación ulterior es dirigir nuestra mirada hacia los intersticios de la naturaleza humana. Como bien señala Roberto Lapetina Arroyo, co-presidente de la asociación estudiantil y autor de la Nota Editorial de este primer número, **Ars Brevis** “nos permite examinar la brevedad de la vida y la capacidad del arte de ser larga: de dar propósito y de alargar la vida”. Este número también invita a reflexionar sobre la producción artística como un proceso homónimo a la praxis de la medicina. “Creemos en una medicina con sensibilidades artísticas que entienda al prójimo de una manera genuina y creemos en un arte metódico e inquisitivo con el cual podamos entender la vida tan solo un poco más”, abunda la Nota Editorial desde la transdisciplinariedad.*

*Entre lo efímero del cuerpo humano y la vida eterna a través de las artes; allí ubica **Ars Brevis**.*

Juan Carlos Jorge, PhD  
Catedrático en Anatomía, Escuela de Medicina, UPR  
Facultad Mentor, Grupo de Interés - Humanismo Médico





Beatriz Bueno



Roberto Lapetina



Claudia Rivera



Janice Delgado



Juan Correa

## NOTA EDITORIAL

*La relevancia de la frase *Ars longa, vita brevis* (El arte es largo, la vida breve) no puede ser exagerada para los propósitos de los cuales nos servimos de ella. Queremos hacer constar que empleamos el plural del sustantivo ‘propósito’ pues consideramos que el ser humano ha de optar por más de uno, nos gustaría que esta revista sea testamento de ello. Hipócrates de Cos, quien es considerado el progenitor de nuestro gremio, engendró la frase con el propósito de resaltar lo difícil que resulta realmente dominar una disciplina de cara a la naturaleza efímera de la vida. El griego aplicaba semejante principio a la medicina, un campo que es de una naturaleza compleja e indomable. A su vez, semejante concepción se presta para extrapolar la premisa de Hipócrates de su planteamiento concreto. La frase nos permite examinar la brevedad de la vida y la capacidad del arte de ser larga: de dar propósito y de alargar la vida. Recalcamos que, a pesar de las barreras semánticas que se han erguido, la palabra “arte” hace referencia a cualquier oficio o trabajo. La medicina es, en su estado más craso, el arte de prolongar y, sobre todo, de respetar la vida. Nosotros entonces somos devotos de una medicina-poética y una lírica-quirúrgica. Creemos en una medicina con sensibilidades artísticas que entienda al prójimo de una manera genuina y creemos en un arte metódico e inquisitivo con el cual podamos entender la vida tan solo un poco más.*

*El título de esta revista, **Ars Brevis**, es como toda creación artística: una perversión de una derivación. Hemos adaptado el término de una frase latina *Ars longa, vita brevis* que, a su vez, es una traducción de un aforismo en griego. Consideramos que la selección de semejante título es en sí un acto artístico y casi performativo, pues con ello optamos por proponer un arte colectivo nacido de otro arte que en turno nació de uno también pasado; semejante a la epónima frase nacida de otra. De esta manera abogamos por un arte que sea más que cualquier cosa reflejo de la ramificada condición humana: un arte de entendimiento, un arte humanista. Esperamos que esta sea la primera de muchas ediciones de nuestra revista. Ha servido como espacio para que lxs poetas, lxs ensayistas, lxs artistas, lxs escritores y lxs fotógrafxs de nuestra institución expongan trozos de sus almas. Cada uno de los trabajos aquí expuestos son breves vistazos a intimidades únicas e infinitas. Esperamos que cuando pase la última página sea ésto último lo que se lleve, pues es a través de vistazos que, poco a poco, nos vamos viendo.*

Roberto Lapetina Arroyo

# LA LOMA DE DON PACO

Por **Claudia S. Rivera Barbeito**

arropada por el silencio,  
la ausencia del vecino  
Y el crujir de un vacío -  
Le dicen la dormilona.

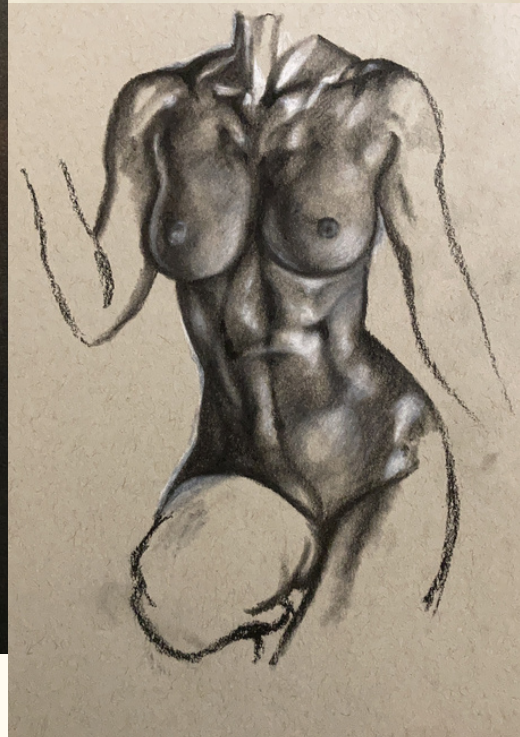
tu niñez abandonada,  
Vandalizada por la falta de vida.

En un hueco silvestre  
Amanezco con las nubes  
En la palma de mis manos.  
Insectos desconocidos, flores  
Salvajes con cuernos -  
Raíces de una familia que ya no reside aquí.

buche de furia,  
me amarro a las memorias de mi abuela  
como el nudo en su garganta  
madre mía.  
Montaña que mucho diste.



DIBUJOS



Beatriz Helena Bueno Plata





# UN ASESINATO DESDE UNA VENTANA Y UN INCENDIO

**Por Roberto Lapetina Arroyo**

Sucedió hace poco. Sostenía un portavela cuya diminuta cuenca se iba llenando ya completamente de un cera caliente y líquida. La flama cortaba la negrura como un cuchillo de mantequilla lo hace un grasiento filete. Solo podía ver unos pocos pies delante de mi por lo que caminaba con cautela desde mi biblioteca. Esa cuyos atlas y enciclopedias y diccionarios son solitarios vínculos al exterior. Todas las noches hacía el mismo recorrido hasta mi ventana. Después de leer y escribir me gustaba siempre contemplar el afuera sentado en el alfeizar. En cuanto a lo que desde ahí veía, era como todo: había noches en las que se veía más y noches en las que se veía menos. Durante ésta en particular, acabe por ver demasiado.

Mis vecinos, los Jensen eran de esos típicos suecos templados y de maneras discretas. Nos mudamos a la vez a esta vecindad tropical hace ya cerca de unos cinco meses. Yo fui traído; ellos, me parece, llegaron como jubilados entusiastas de las regatas. Todo esto lo presumo basado exclusivamente en mis observaciones, pues en todo este tiempo hemos solamente cruzado miradas y no palabras. La realidad es que tampoco se ha dado el contexto para un intercambio semejante. Pues desde mi ventana yo no los veía a menudo, y cuando los veía a penas los veía pasar: siempre aparentaban estar yendo hacia alguna parte. Pasaban días y no veía a los escandinavos, aunque sí que el audio de su televisor y los aromas de su cocina lograban colarse entre mi ventana siempre- media-abierta. Eran viejos y altos: características auténticamente suecas. Además, todos sus maletines y sus mochilas tenían bordada la bandera azul y amarilla en el solape junto a su nombre de familia. La derivación de su nacionalidad era un acto realmente trivial. Sin embargo, poseían unos cueros tostados por el sol y andaban en atuendos playeros con las chancletas cubiertas de arena: características del ensueño neocolonial.



Cada vez que los veía llegar sucedía sin falla el mismo episodio. El pensionista se quitaba siempre las chanclas antes de entrar por la puerta. A la vieja se le olvidaba siempre y dejaba un rastro de arena a lo largo de todo el pasillo de entrada. El viejo comenzó no diciendo nada, se limitaba solo a limpiar el pequeño arenal que su esposa dejaba inadvertidamente con su paso. Con el paso de los días y las semanas de lo mismo, el viejo empezó a llamarle la atención a la vieja. Esto lo hizo primero con gentileza, luego con frialdad y, recientemente, con ira sincera. Una que en la noche de hoy hubo de culminar a borbotones con un golpe fulminante.

Como ya he anticipado, mi hogar es uno oscuro; lo es aún así cuando en el exterior brilla el sol y más aún lo es cuando este no lo hace. A esta falta de luz interna contribuye una maciza arquitectura colonial. Posada sobre una colina, a la sombra de una higuera, la luz del día se cuele entre sus zaguanes recubiertos por enredaderas, pero nunca a través de sus ventanas de acordeón. Estas son de madera de roble, rojiza, y bien barnizadas. Hay cerca de una docena de ventanas idénticas distribuidas no del todo simétricamente en la fachada de la casa. Y aunque entre sus hendiduras bien no se filtran los haces de luz, poca queja tengo con respecto a su capacidad de hacer respirar la casa. Mi pequeña villa a tope de la colina era una que, sin duda alguna para mí, hubiese provocado envidia aun entre los mejores ventilados palacios marroquíes.

Nunca me había hecho falta desplegar las ventanas, y menos mal pues tampoco hubiese yo podido. Todas las ventanas de mi casa están herméticamente selladas. Me parece que han de representar algún eterno duelo del pintor que primero trazó sus siluetas. Todas permanecían cerradas salvo una. Esa que se encontraba al ras del suelo en el ala este de la casa y que fungía como mi única ventana al mundo. Es esta la que durante el día me ha permitido ver, en el reflejo emitido por el gran lago a los pies de la colina, la blanca fachada de una casa que, por respeto al arte, nunca podré dejar. A través de ella la he visto entera con sus zaguanes y sus pilares y su higuera. La misma en la cual, durante la noche, me siento a escribir; tal y como estoy haciendo ahora. Y fue a través de esta ventana que figuré como las manos de Rolf Jensen se humedecían con la cálida sangre de su esposa.

Desde mi ventana las siluetas del par escandinavo apenas se podían distinguir. Lo primero que hizo él fue gritar el nombre de su esposa y así fue como aprendí que su primer nombre era Ülla. Ülla hubo de responderle con otro grito. El de ella nació lleno de miedo y de incertidumbre de cara a cólera de su marido. Prosiguió una discusión presumiblemente acalorada en donde el proto-asesino señaló al rastro de arena que su proto-víctima había dejado en el pasillo. Le continuó gritando. En algún momento durante la disputa, Ülla hubo de nombrar a su marido y así fue como aprendí que su primer nombre era Rolf. Continuaron alzando sus voces y comenzaron a manotear. Sin duda se trataba de una copa colmada: años de pequeñas molestias matrimoniales saliendo ahora a relucir. Todo caldeaba y la discusión parecía estar llegando a su clímax cuando Rolf calló. Su esposa, no obstante,



continuó gritándole no-se-qué-en-sueco aún cuando este le dio la espalda. Rolf había dirigido a buscar lo que se convertiría en el instrumento de muerte de Ülla.

He omitido selectivamente, por eso de difuminar esta mi narrativa terminal, el hecho que el cuadro no colgaba solitario en el pasillo de los Jensen. Cruzada y siempre en vista, una estatuilla de cobre descansaba sobre una mesa de cristal. Era una magra e imponente rendición de lo que hubiese sido el Colosal de Rodas. Desnudo y en postura amplia se paraba sobre una base cuadrada que también era de cobre. Con la mano izquierda aquel diminuto Coloso apuntaba hacia algún horizonte y con la su mano diestra sostenía un pequeño báculo sin mayores ornamentos. Sobre su cabeza descansaba una corona de rayos y desde sus hombros se descolgaba una capa que le llegaba a las pantorrillas. La muda estatuilla tenía todo el portentoso kitsch de una pieza de arte callejera. Fue esta la dilapidada maravilla del Viejo Mundo la que Rolf Jensen cogió por el torso y empuñó. A medida los dedos de Rolf se acercaban al Coloso sobre la mesa, los pasos de su esposa lo seguían a pocos pies de su espalda. Durante los instantes en los cuales Rolf estuvo quieto, sin duda contemplando lo que estaba por hacer con la estatuilla tomada, Ülla se le había acercado y ahora la sueca estaba a meras pulgadas de su marido. Repetía su nombre como exigiendo una respuesta: Rolf, Rolf, Rolf. No se había percatado que su esposo estaba a punto de matarla.

Aunque bien se escuchaba un trémulo en su voz, nunca pudo progresar a terror pues el acto mortal fue vertiginoso. Rolf giró y usó la furia de su momento para acertar un golpe salvaje en la sien de su esposa. Ülla cayó esplayada con un golpe seco. Entonces, una vez su esposa yacía como trapo en el suelo, Rolf le propició un último golpe que le quebró la frente; por eso de no dejar espacio para dudas. Desde mi ventana, vislumbraba como una silueta se imponía sobre una masa negra y ahora permanentemente inmóvil. En su mano diestra sujetaba todavía al Coloso, de cuya base se derramaba lo que inequívocamente era sangre. Caía en un goteo constante formando un charco a sus pies, uno que pronto estaría a la misma temperatura que el suelo.

El sueco y yo nos mantuvimos inmóviles por varios segundos eternos: él contemplando el acto al que acaba de acometerse y yo atónito a luz de vela por el acto que acababa de presenciar. Ninguno de los dos parecía capaz de fragmentar el marasmo hasta que Rolf volvió a girar. Algo lo había instado a pensar que lo estaban mirando; que lo habían visto. Fue entonces cuando el sueco me hizo saber mi disposición. Un haz de luna atravesó el sol trunco de la puerta de entrada e hizo iluminar los ojos azules de Rolf, los mismos que encontraron mi olea mirada. En ellos no había ni temor ni furia, transmitían una energía casi burocrática. Desde el otro lado de la ventana me miraba como estudiándome, aunque bien se notaba que había decidido ya qué hacer. Asimismo, dejó el pasillo. Asimismo, quedé solo con la muerta.



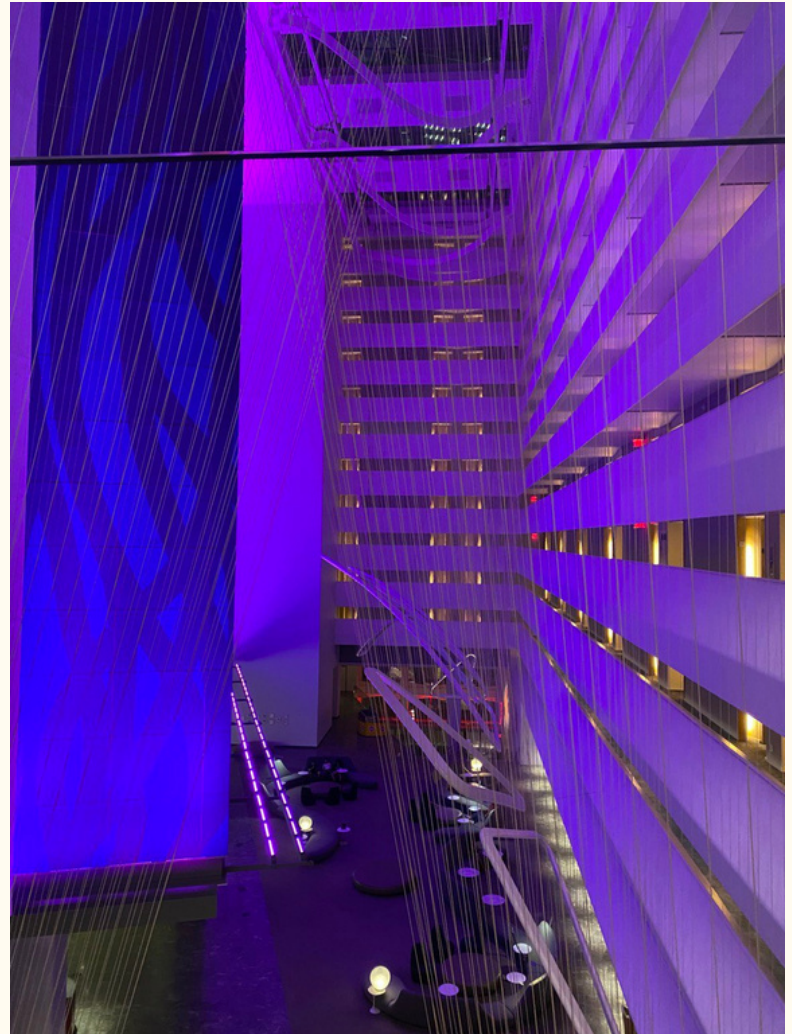
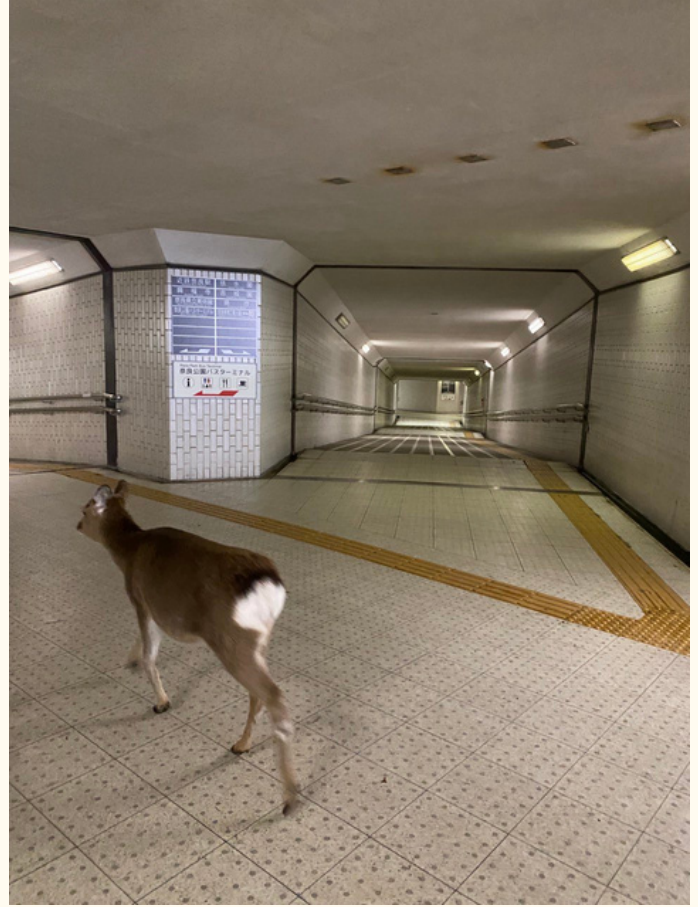


Llegué a pensar que todo era un sueño o alguna broma de terrible gusto y que en cualquier momento se pararía la sueca para reírse de mi credulidad. Pero nunca vino el amanecer, ni las risas, en vez me quedé parado en mi propio pasillo. Sentí la sangre dejar mi rostro. Mi respiración se hizo llana y frecuente. Las sombras a mi alrededor ondeaban y la cera en la cuenca se mecía en torno a mis manos temblorosas. No supe qué más hacer que sentarme a escribir; quizás por eso de lograr entender o quizás por eso de dejar algún rastro de mí después del hecho.

Escribo esto ahora entre la más negra y espesa oscuridad. El sueco volvió al pasillo y pareció tomar el cuadro. Sentí perder mi peso y mi hogar temblaba al ritmo de su caminar. Ahora mis nares se inundan con un olor térreo que alguna vez hube de leer descrito en algún libro como característico del rocío. No veo nada más allá de la libreta que tengo delante. He apagado la flama de la vela y mi lápiz pasa casi a ciegas por el papel. Escucho un chasquido, lo que ahora sé que fue el rasguño de un fósforo en contra de la áspera pared de su caja. Mi casa se inunda de un calor ajeno a ella, huelo madera quemarse. Se que pronto le seguirá el lienzo de mi piel y el cuadro entero. Me percató que esto también se esfumará; así que sentado en el alfeizar de la misma ventana, lo releo.



# Daniel E. Sepúlveda Alemañy



FOTOGRAFÍA



# DESDE MI GUARIDA EN LA LÁZARO



**Por Cristina I. Fernández Hernández**

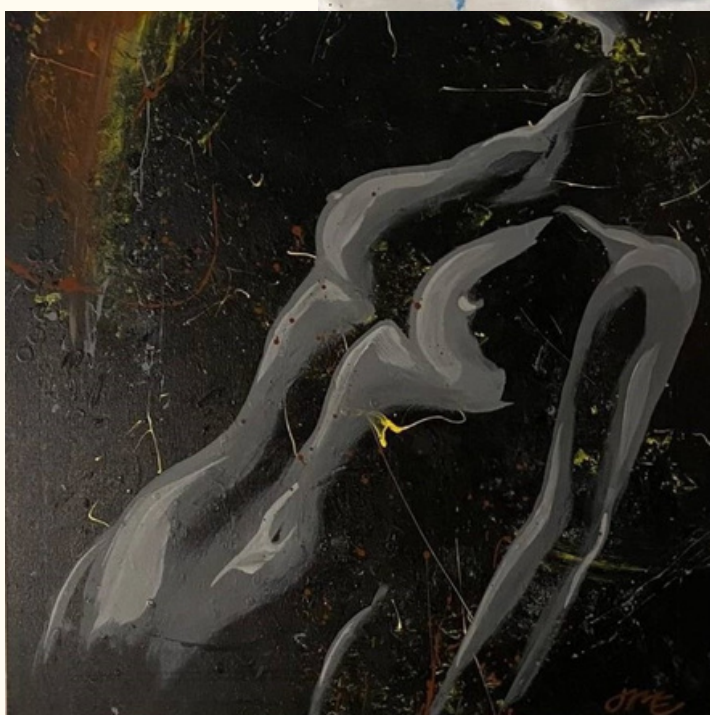
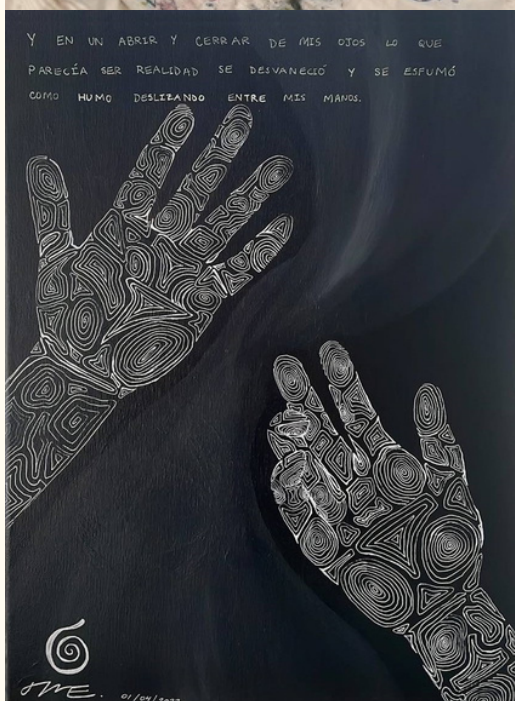
En un acto de rendición total José se encuentra inmerso en su teléfono celular con una pierna trepada en la silla que tiene al frente y la espalda totalmente encorvada. El gabete suelto, el ceño, antes fruncido, ahora indiferente, y los papeles olvidados indican que ya todo da igual. Para José Rodríguez, estudiante de sociales de la Universidad de Puerto Rico, las pasadas semanas habían sido agobiantes. Clases. Trabajo. Renta. Familia inconforme con el nene que salió comunista. Boquetes en la carretera. Carro jodío. Más cuentas. ¿Ser bisexual? Existir. Existir en Puerto Rico. Sin embargo, hoy todo es diferente; hoy el mundo se ha detenido; hoy los relojes se derriten. El que tiene guardado en el bolsillo se ha hecho una plasta. El del celular ha perdido su naturaleza numérica y se ha convertido en un conjunto de líneas insignificantes que ya no miden nada. José, a sus veinte años, pasa a convertirse en un mero ente ficticio encajado inexorablemente en esta página en blanco. Ya no es estudiante, ya no es empleado, ya no es hijo, ya no es persona. Hoy es personaje y nada más.

Mientras acerco el lápiz a la hoja para plasmar sobre ella el punto final, José Rodríguez, en un acto de rebeldía, se amarra el gabete, frunce el ceño en un gesto de motivación, recoge los papeles olvidados, se levanta y se va. Fueron mis relojes los que se habían derretido.





# María Elisa Barreras Torres



PINTURAS

# LAS RUINAS DEL FUTURO

---

**Por Ian Alvarado Vélez**



I

Camino por las ruinas de un futuro  
que no fue, que no es y que tampoco será

En mi refugio solo queda un viejo televisor Toshiba  
al que se le pegó un imán a la pantalla

En él solo puedo ver un presentador verde, un político verde,  
un policía verde, una universidad verde, una escuela verde, una familia verde

Los pixeles moribundos me cuentan que en lo profundo  
del mar y de los escombros todavía sobreviven otros colores  
aunque no alcanzo a distinguirlos

## II

No he dejado de recorrer aquellas ruinas del futuro  
rescatando fragmentos de las promesas del pasado  
como piezas de un rompecabezas sin principio ni final  
los llevo a mi refugio y los acomodo al lado de mi viejo televisor Toshiba

He colectado cientos de fragmentos de lo que un día fuimos,  
en mi refugio tengo...

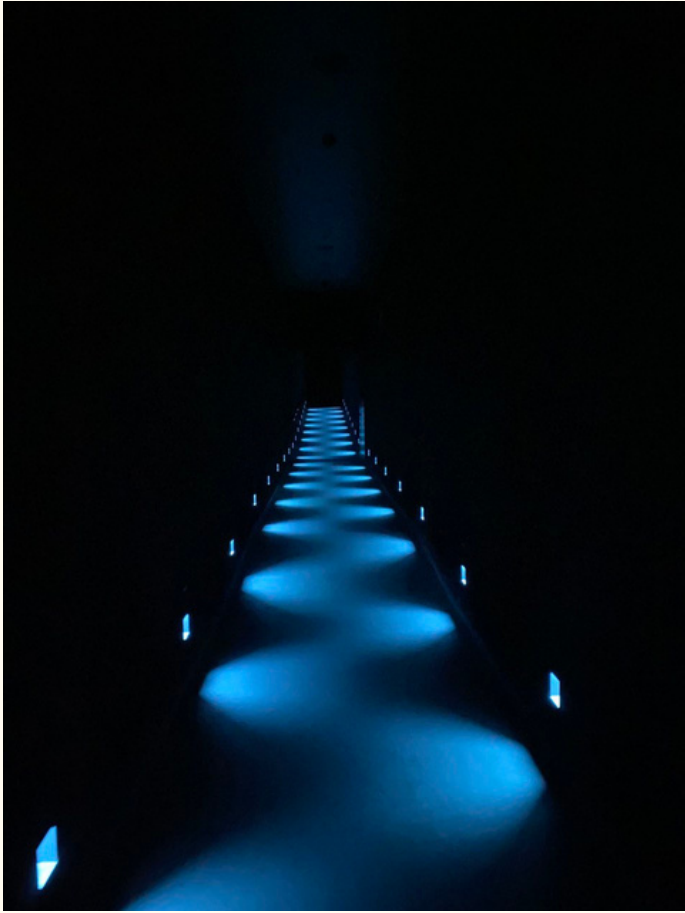
Un libro de páginas frágiles lleno de historias de fantasía  
Un periódico que celebra el final de una guerra que no logro recordar  
Un viejo toca discos que solo expulsa canciones de desamor  
Un lienzo con un abismo verde, desconocido, aterrador

## III

Paso eternidades contemplando estos tesoros o más bien, basura del ayer  
con la esperanza de que me hablen de un mañana  
que sea mejor que el hoy

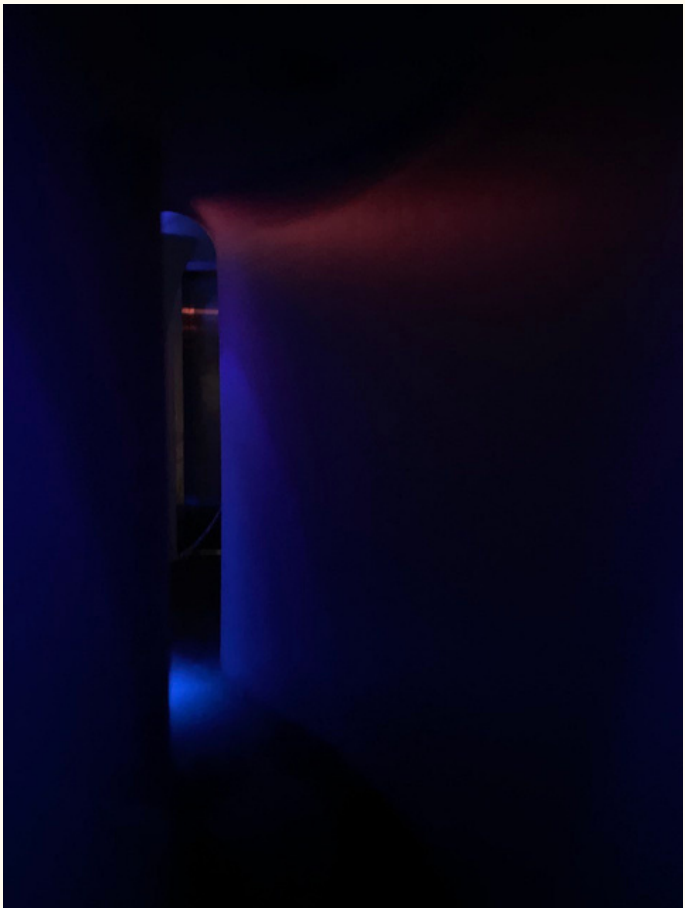
Buscando encontrar en ellos los colores  
que me muestren la salida de esta cárcel monocromática





**Daniel E. Sepúlveda Alemañy**

**F O T O G R A F Í A**





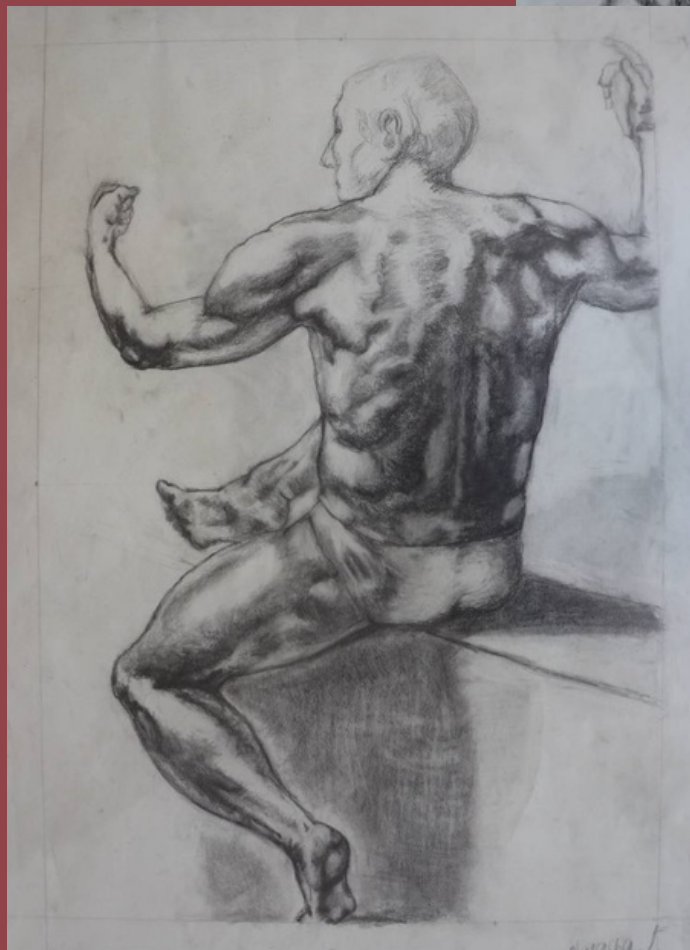
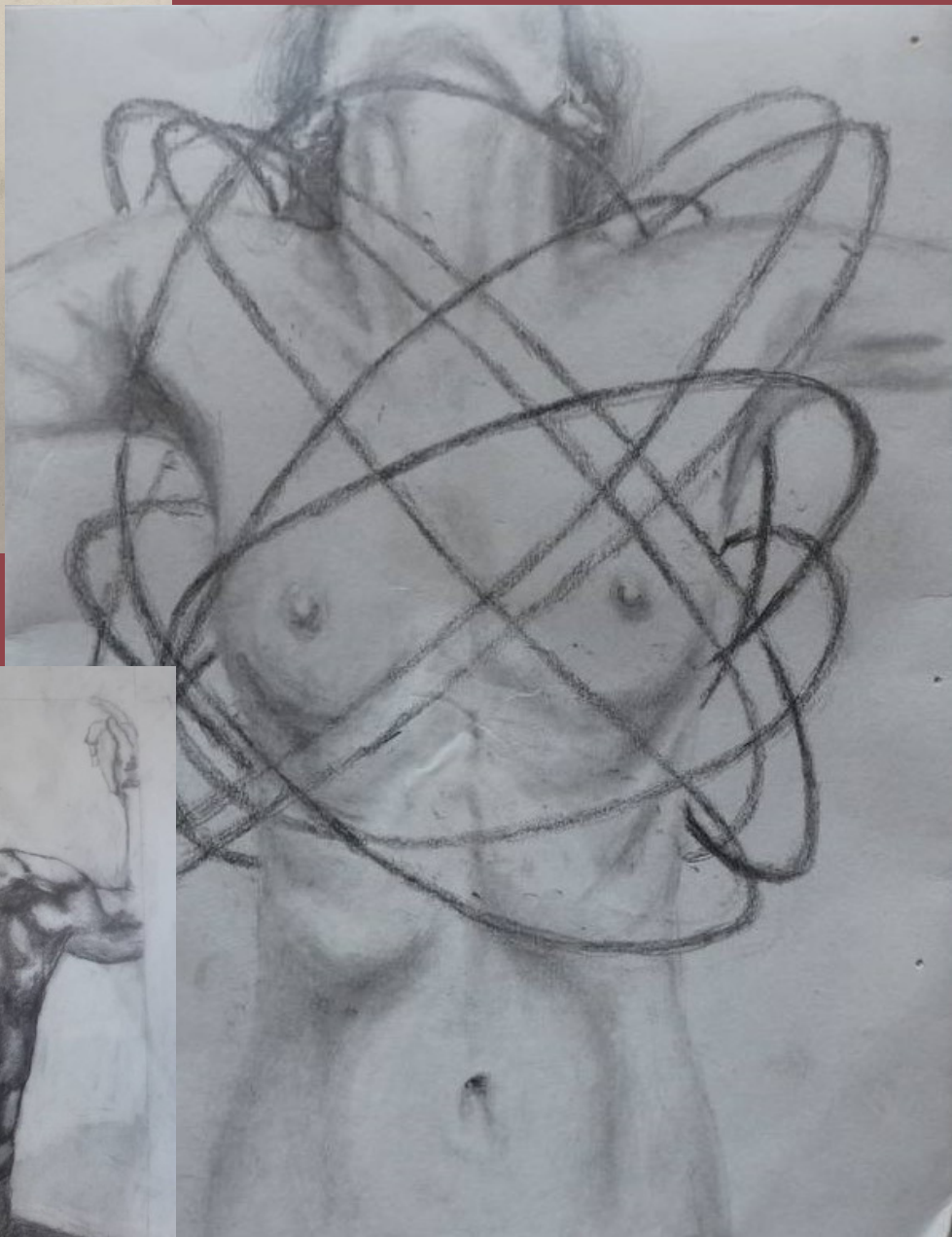
## Y A TI, ¿TE PESA?

**Por Jahdiel M. Berríos Rodríguez**

ya son las 8a.m. y voy tarde a clase. es lunes o miércoles y me pesa el bulto. camino a paso ligero por el callejón entre corrección y emergencias y hay un guardia y tiene una mano en el cigarrillo y la otra en la pistola. intercambiamos la cortesía mentirosa de un “buenos días” y le paso por el lado con prisa. codicio el cigarrillo, pero no la pistola porque ya me pesa el bulto. hay una fila de familiares esperando frente a emergencias—todos de pie. siempre me pregunto por qué ninguno se sienta. miro el reloj y todavía voy tarde. corto hacia la izquierda y me espera un pasillo largo, repleto de gatos y mierda de gatos y un olor más obsceno que la muerte. huele a orín y envidia el albedrío del borracho que decidió vaciar la vejiga ahí anoche. aligero mi paso y salgo del perímetro del hospital cruzando un puente que arropa la falda de la biblioteca. doblo la esquina y todo esta vacío y vuelvo a mirar el reloj. entonces me río porque es domingo y no hay clase y porque no voy tarde y me pesa el bulto.



# DIBUJOS



**Natasha  
Frontera Jiménez**

## CABAL

**Por Roberto Lapetina Arroyo**

Los pasillos, las puertas y los numerosos rincones de la biblioteca de la Escuela están, por todas partes, flanqueados por los bustos de los así llamados “hombres cabales”. Semejante cualidad la equipara a cualquier otra biblioteca universitaria. Y en las noches, cuando los ojos están pesados detrás de los textos y las diapositivas, se congregan los hombres; pues esto lo he visto yo. A esas horas, o más bien deshoras, abren ellos los parpados para pestañear. Giran sus verdes cuellos de cobre, estrullan sus oxidadas coyunturas y, al hacer fluir sangre, le devuelven al metal una cálida cualidad. Entonces, mientras todo calla y dentro del sitio no quedan más que una o dos almas ya demasiadas desamparadas para darse cuenta, las cabezas platican de sus asuntos con voces retumbantes.

El astuto y escéptico lector seguramente se preguntaría: ¿cómo he de creer que este narrador ha sido capaz de presenciar tales cosas cuando él mismo ha dejado claro que el grupo solamente se convoca de entre la soledad? Pues por eso (en parte) le encomiendo al papel mis letras: para ser creído. Razón que ha sido (y seguirá siendo) lo suficientemente precipitosa para lanzar a innumerables otros por el abismo del lápiz. Fue una noche cuando presencié el Cabal. Recuerdo estar sentado afuera mientras atardecía. Mejor dicho, tengo un distintivo recuerdo de encontrarme sumido en uno de esos peculiares momentos del día; de los que se dan entre la paulatina muerte de la luz del sol y el repentino encendido de las luces de los lugares. Esos durante los cuales todo parece estar dotado de levedad. Y entonces todo lo estaba, todo salvo la herrumbrosa estatua de uno de esos hombres de antaño.

Es una representación un tanto patética. Lo pienso yo, lo piensa la muchedumbre de la Escuela y estoy seguro que, de poder verla, lo pensaría también aquel en cuyo nombre fue



erguida. Su porte puede ser descrito como una equidistancia entre la demacrada altivez de un viejo emperador romano y la plena demacración. Su mano diestra se flexiona al codo y separa los dedos de la mano intentando una pose de mando. En la siniestra sostiene una anticuada representación de un también ya anticuado microscopio. A sus pies una placa de bronce que lo tilda de sabio maestro. Yace en su rostro aguileño, cuya piedra constituyente ha sido viciada ya por las lluvias industriales, una expresión de constipación. Son lluvias ácidas y saladas las que le mancharon la cara. Esas cuyo origen no es más que el pardo arroyo y que vacían a un mugriento cauce de cloaca; las mismas que acabaron irrumpiendo la levedad de aquel momento y me llevaron al interior de la biblioteca de la Escuela. Hasta entonces, propio a la falta de peso del momento, las gotas estaban como suspendidas en el aire crepuscular: pues no las sentía. Fue luego, estoy seguro, de toparse con aquella sepulcral efigie que comenzaron a caer.

Acostumbro arrastrar los zapatos por las alfombras al huir de las lluvias. Hago esto, más que por cortesía con el personal de mantenimiento, porque detesto el chillido que emiten las suelas mojadas. Estos tan desagradables sonidos son potenciados en la biblioteca por el silencio que le es inherente y por los pulidos pisos de su primer nivel. Es ocupado en partes iguales por mesas y sillas de estudio de una comodidad cuestionable y por cajas de cartón apiladas: el contenido de estas me continúa evadiendo. El segundo piso no tiene, para mí, los problemas del primero pues carece de pisos pulidos y de cajas apiladas. En vez cuenta con un superávit de mesas y cubículos no menos incómodos, y con un piso alfombrado manchado por el caminar nervioso de cientos de zapatos estudiantiles. Intercaladas entre aquellas manchas y las viejas y ya negras gomas de mascar, yacen los bustos y las placas que pronto han de cobrar protagonismo en esta historia.

La biblioteca es un edificio contundentemente frío: aún en los abrasadores mediodías de marzo, es capaz de hacer tiritar coyunturas. Su frígido aspecto es confirmado por una fachada de cristal: eternamente empañada por la humedad condensada de aquel exterior un-tanto-menos académico. La madrugada en la que se congregaron los hombres, los cristales (a pesar de no ser día) estaban también empañados. Yo, como de costumbre, trabajaba. Verificaba el conteo de palabras de algún 'Abstract' o preparaba alguna conferencia o buscaba en alguna base de datos algún esotérico recurso para apoyar la data que alguno de mis estudios había generado; la particularidad de lo que hacía es en realidad de muy poca importancia. Después de un rato todas las cosas parecen meterse en las otras. Detrás de ojos ya cansados solo existe el tirón gravitacional de los párpados hacia el suelo. El mismo tirón que me llevó a cerrar la tableta y la computadora y a enterrar la cabeza entre brazos cruzados y oscuros.

Aunque ya habían comenzado a hablar, justo al despertar no escuche nada. Les pasé por desapercibido, como lo hacen las diminutas moscas a los nares de un bestial caballo. Recuerdo sentir solamente la característica lentitud que procede una siesta-no-planificada.



Como es propio entonces, me encaminé al baño del segundo piso para lavarme la cara. No hubo remedio para el agua fría de la pluma; mover la llave hacia el rojo fue efecto nulo. Al volver, me percaté que no quedaba nadie más en el lugar; fue luego de esta realización que los comencé a escuchar.

El timbre de sus voces era ... pues en realidad me resulta un tanto difícil de describir. No obstante aquí intentaré hacerlo entender, pues por eso también es que se escribe. Lo primero que registré fue un susurro, un chasquido en masa como aquel que queda en el teatro al caer el telón. Prontamente intente apropiarle semejante ruido a algún grupo de estudiantes que en mi aturdimiento no logré ver. Giré en sitio sobre la manchada y parda alfombra y no vi a nadie. Atribuyendo entonces aquella cosa a una de mentes cansadas me dirigí hacia mi cubículo con la intención de empacar mis cosas e irme. Pero antes de que pudiese llegar, pasé por delante del busto de cobre de aquel centenario médico español y vi sus labios entreabiertos. Aunque no lograba descifrar lo que articulaba, era claro que su boca se movía con propósito: contribuía a aquel tumulto. Esta realización me volvió flácidas las extremidades y me dejó estaqueado en sitio.

En mi inmóvil desespero lancé una mirada hacia la pared contraria donde la placa de algún otro doctor curador de alguna otra epidemia de cólera morbo también prestaba su voz. Por los vidrios de la fachada vi además la estatua de ahorita, la de la lluvia y el peso, gesticular y entonar un canto hacia el oscuro cielo de madrugada. A estos tres se le sumaban: el botánico que instituyó la escuela de farmacia, el universal pedagogo que adorna la entrada, el emigrado cubano que llegó al país e hizo nombre, y seguramente se le sumaban la otra decena de íconos y estatuillas que plagan los predios de la Escuela . En unísono sonaban como el croar de un gigantesco y metálico sapo concho. Al considerar el carácter individual del colectivo, eran una-cada-vez-más-intensa tormenta tropical en la cual yo fungía como ojo. Circunscrito entonces a semejante borrasca semántica, para lo único que servía mi cuerpo era para temblar y escuchar, y escuchando fue que logré entender a qué se debía tanto ruido.

Como es propio, aquellos hombres ilustres hablaban de la única cosa de la cual el hombre ilustre se permite hablar: del sí. Escuche todas aquellas voces del pasado hablar todas a la vez de sus hitos y sus triunfos y sus laureles y los míos, de repente se tornaron chicos. Me sentí insignificante entre el abrumo: un académico ya viejo, con nada con que respaldar su nombre más que unos cuantos tímidos artículos publicados en unas cuantas revistas de segunda. Me vi la piel translúcida, escamosa y caída. Mi cabeza se inundó con premoniciones de un fin. Uno oscuro y tonto en donde, cuando no pueda llevarme nada más de la vida, tampoco nada he de dejarle. Por nadie sería mi nombre tallado en mármol o fundido en bronce. En vez pasará primero a ser un recuerdo, luego una referencia, un dato genealógico, hasta por último ser borrado sin rastro. Entonces no seré Cajal, ni Ashford ni Betances, entonces seré polvo: seré nada.





Estuve un rato (no tengo la menor idea del tiempo transcurrido) parado en el mismo lugar sobre la manchada alfombra. El croar del Cabal se había convertido en un rugido y era cada vez más intenso. Oía como se me metía por las narices y los oídos y la boca y cualquiera de los otros orificios de mi cuerpo. El canto se me había disuelto en la sangre y lo sentía corriéndome por los dedos. Cada vez era más claro su timbre y su contenido más evidente. Sin embargo, aquella claridad, en vez de continuar sumergiéndome en una angustia cósmica, acabó por provocar en mí genuina conmiseración. Una cuya entidad recipiente no me quedaba del todo claro hasta que realmente escuché las voces, hasta que presencié el desconsuelo centenario con el que cargaban. Claman, y por su condición nadie los escucha. Aquel cabal de hombres ilustres luchaban el uno con el otro por reclamar inútilmente su espacio en un tiempo finito. Un espacio y un tiempo del cual yo me podría inevitablemente despreocuparme, pues lo habré de rendir tan pronto haya de morir. Entonces yo pasaré a formar parte de la nada y de la memoria colectiva de un futuro distante. Seré piedra y río, seré oro de palacio y un descartado vaso de refresco. Estos, en turno, se suman en una lucha en contra de una corriente de olvido que cada vez achica más sus labores y sus contribuciones. Una lucha que inevitablemente habrá de acabarse no con estruendo sino con un patético quejido.

Así entonces en la memoria colectiva podría ser Dios o deambulante, podría ser el más vil de los villanos o el más honrado de los héroes. Estos hombres cabales carecen de semejante libertad en la escala del hombre-olvidado (que termina siendo en realidad la escala de todos). En vez son reyes de un cuadrículado y monocromático y diminuto tablón de ajedrez. En el misterio del anonimato soy peón y soy cualquier cosa. Estos hombres cabales son reducidos a pedazos por sus vanaglorias. Se me ocurre entonces, sin moverme de mi lugar en la alfombra, que esos no eran cantos ni autoproclamas; eran llantos: reclamos de almas que ya no son almas sino fragmentos. Me sobrevino una profunda pena por aquellas eminencias, pues el suyo es un esfuerzo sisifiano. Sin más remedio, noche tras noche los ilustrísimos pobres diablos se congregan para pedir clemencia. Desde las cárceles que ellos mismos se han erguido, le mendigan al tiempo-reduccionista las complejidades de las cuales han sido despojadas. Aquella madrugada, con el suelo húmedo aún de las lluvias de la tarde, salí a llantos de la biblioteca de la Escuela. Entonces lloraba por las contables almas perdidas.





**Marcel Antonio González Pedraza**



# A LA FELICIDAD

---

**Por Cristina I. Fernández Hernández**

A la Felicidad:

Todavía te espero.

Por aquí

Por acá.

Y por allá.

Siempre. Infinitamente. Con canas y con arrugas.

De la Felicidad:

Nunca me fui.

Estuve aquí.

Estuve acá.

Y estuve allá.

Incluso, estoy.

Siempre. Infinitamente. Sin canas y sin arrugas, eternamente jovial.

Fuiste tú quien, perpetuamente aturdida con el caos de la vida,  
nunca me viviste.



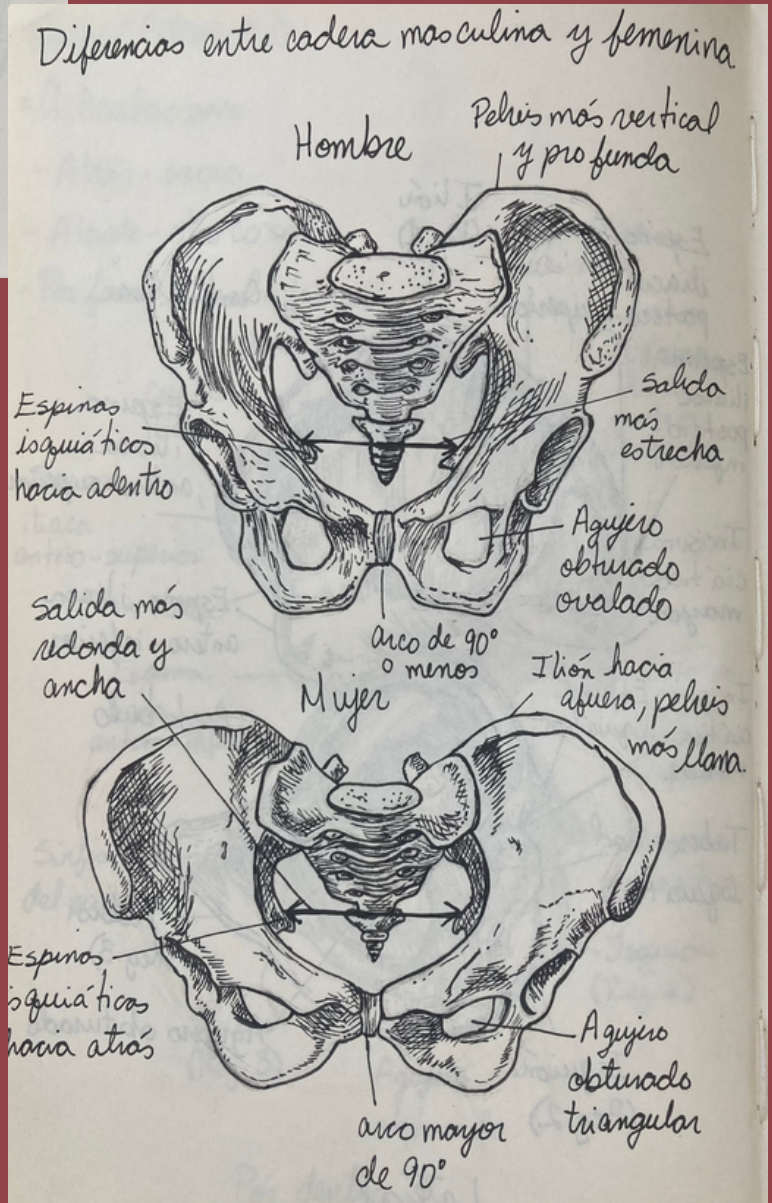
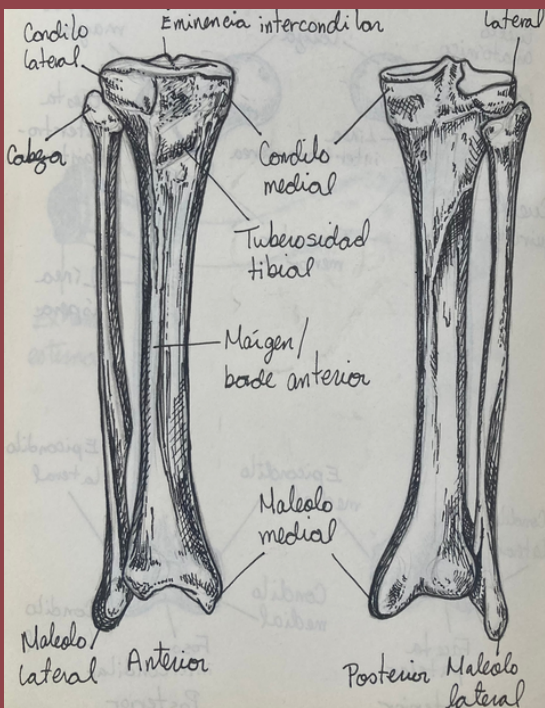
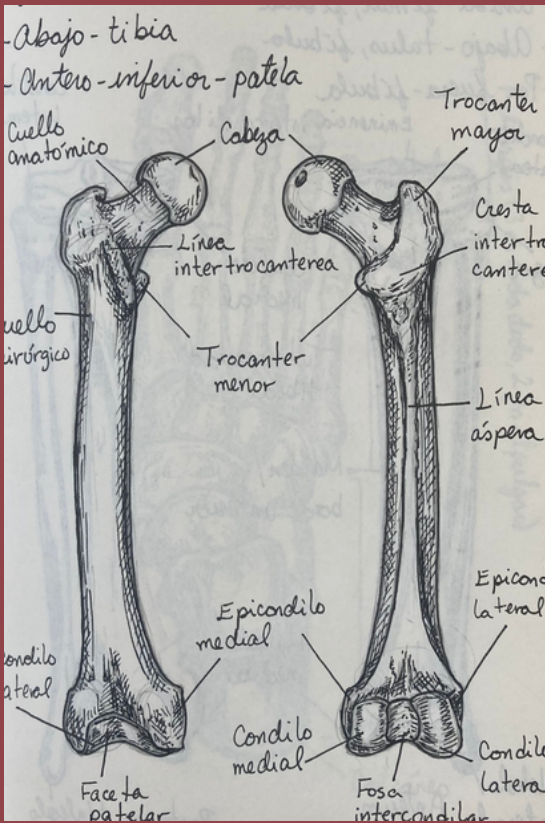
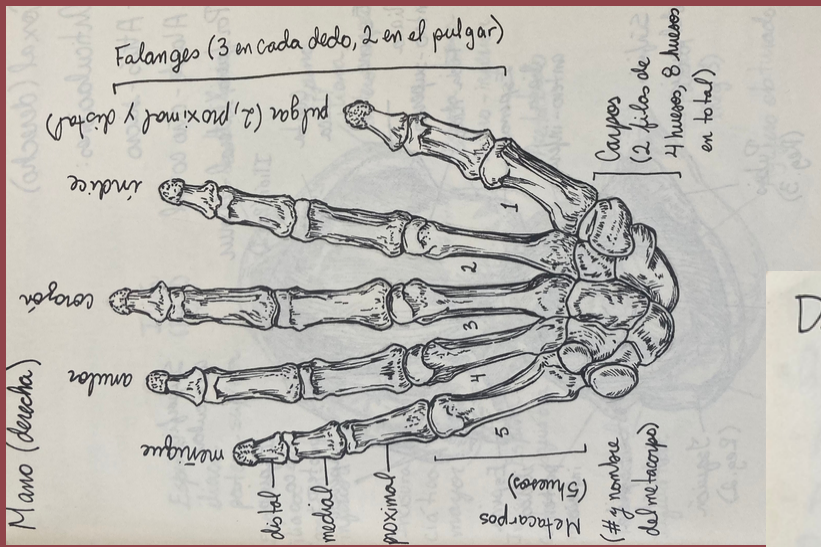
**Claudia S.  
Rivera Barbeito**

# PINTURAS

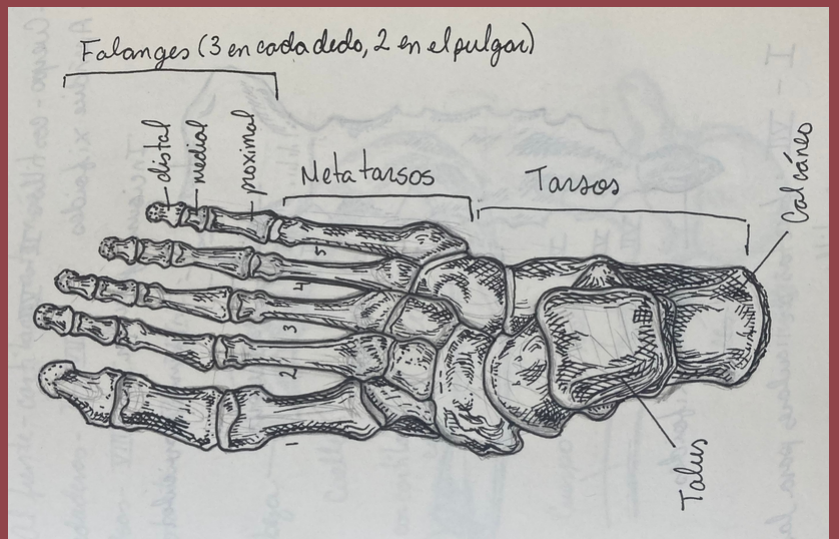
**Nicole  
Camacho-Fontánez**







DIBUJOS







# HACE TIEMPO NO HAGO ESTO

## Por Gladys Flores Romero

Me da miedo, angustia, y temor destapar esta pieza que desde hace mucho tiempo considero sellada. Pero me hace falta, el desplomarme, en un pedazo de papel.

El decidir vivir en vez de soñar fue una decisión que cambió mi vida, por el bien y por el mal.

Me he asimilado, a no pensar. A no escribir. A no soñar.

He aprendido a silenciar las voces que gritaban, todas al mismo tiempo, y me llenaban de locura.

Aprendí a silenciar los deseos de gritar, llorar, reír, desnudar, morir, vivir... Aprendí a asimilarme a la cultura de "do, do, do," aunque la mayoría del tiempo quería "stop, stop, stop." Constantemente, me ahogo en el mar de mis pensamientos y me asfixio en la impotente soledad de la vida. Constantemente, lloro a carcajadas y grito en silencio. Constantemente, me pierdo en un espejo y no sé cómo encontrarme.

¿Todo es una mentira, o no? La mentira es una realidad temporera, una realidad ficticia que oculta la verdad del asunto. Pero si nada es constante y todo se va, desvanece, y marchita con el tiempo, eso no implica que la vida (sí), también, ¿es una mentira?

El AMOR, (Que coños es eso pa'), es el verdadero ejemplo de lo que es mentir.

Mentir sobre a quién quieres, qué quieres, cómo quieres. Mentir sobre tus manías, tu hambre, tu locura, tu insomnio, tu vergüenza. Mentir sobre el pasado que duele y te ha



escupido a lo que eres ahora: por cierto, ¿qué eres ahora?

El amor desvanece, corta, y ahoga. El amor es muerte.

Pero, el amor es vida.

Y por eso somos adictos.

Adicta. Adicta a la atención y el sentirme deseada.

Quiero que alguien sepa qué me hace reír y qué me hace llorar.

Quiero que alguien no tenga miedo de ver mi oscuridad y acampar en ella.

Quiero que alguien coma las grietas de mi cuerpo y escupan un hogar de placer.

Quiero que nuestras almas compitan en un deslumbramiento de paz. Quiero crecer. Quiero envejecer. Quiero vivir. Quiero amar. Quiero gritar.

¿Eso es mentir? El querer algo tan malamente que tu propia felicidad no es sincera. Aceptar el vaivén como dicen, puede marchitar tu espíritu soñante. Aceptar el vaivén como dicen, hace que te bañen manos de mediocridad.

¡Dicen que el amor empieza con ti mismo!

El otro día, mientras guiaba a un destino ya muy de rutina, me pregunté:  
“¿soy de todos... o de nadie?” Tengo que escoger. No se puede tener las dos.

La verdad es que no sé. Julia de Burgos miente.

Muchas veces creo que soy de todos, menos de mí.

Vivo por complacer a la muchedumbre de quien yo “debo” ser, y por eso muchas veces no “soy.”

Así que, quizás no soy de nadie. Ni de mí misma. Quizás soy del aire; aunque nunca ha reclamado mi existencia. Quizás soy dos, o tres, o infinitas versiones de alguien: de muchos: de nada, de nadie.

Creo que me confundo y quizás no sé ser. O quizás soy tanto que no cabe en la distinción singular de “ser.”



No sé.

Pero bien. ¿Qué me trae aquí hoy? He tenido un año intenso. Lleno de altas y bajas.

Enseñanzas.

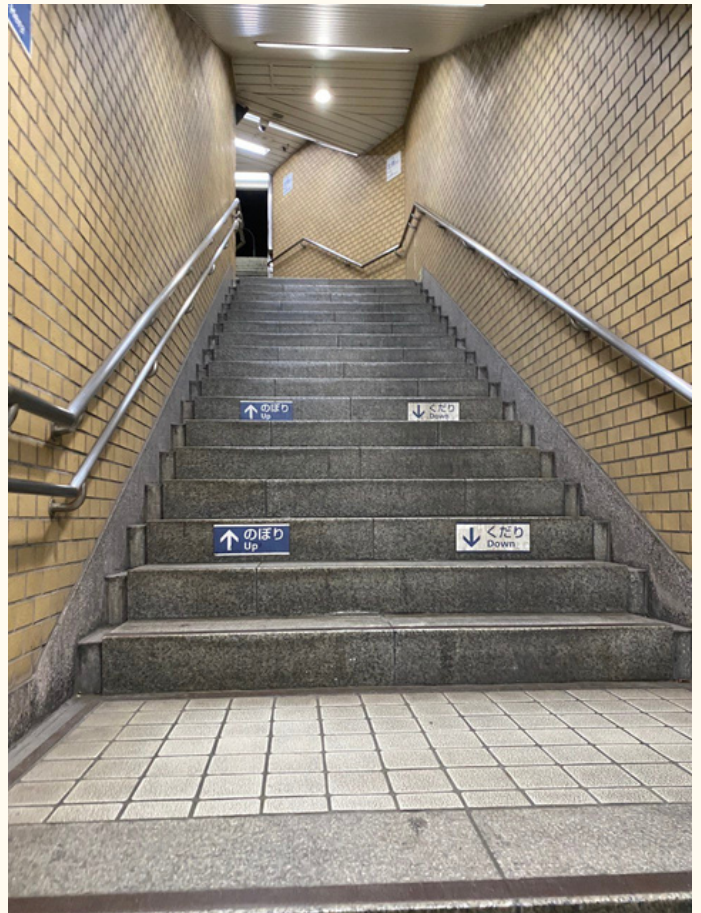
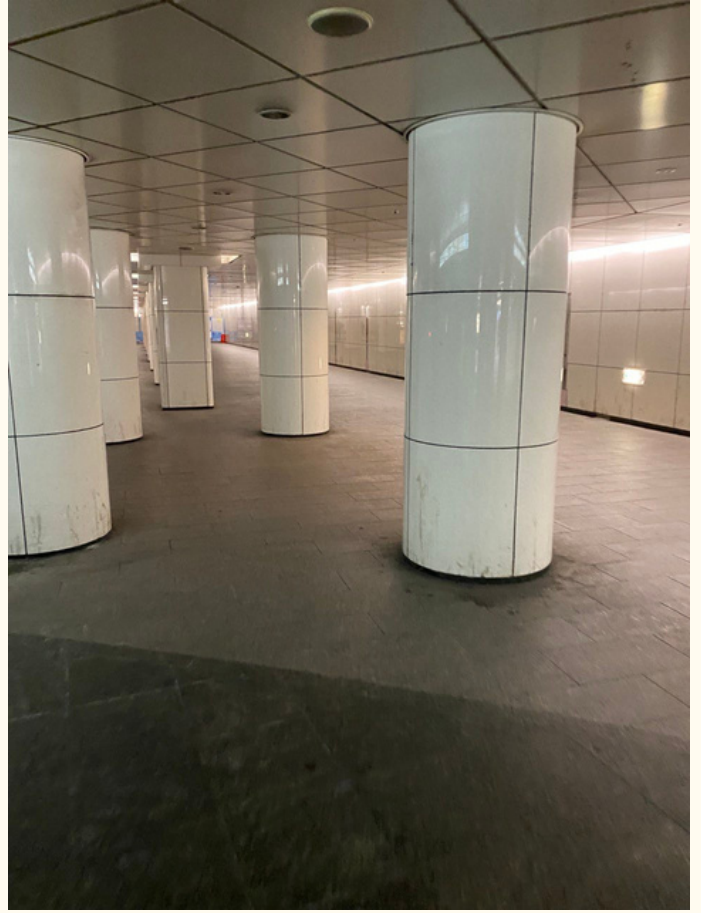
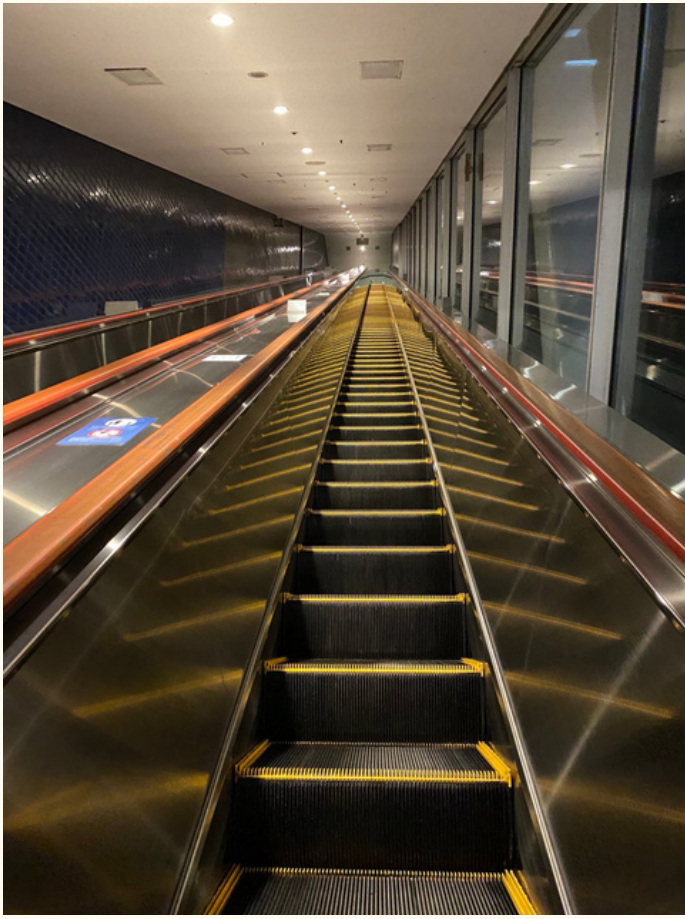
¿Que aprendí?

Precisamente lo que llevo escribiendo en las últimas dos horas: sobre quién soy o no soy, sobre el querer amar y no amar, sobre las mentiras y las verdades del vivir.





# FOTOGRAFÍA



**Daniel E. Sepúlveda Alemañy**



# LANGOSTA

## #308A

---

**Por Roberto Lapetina Arroyo**

Me gusta cuando se cierran las puertas:  
las de madera que no son más que plásticas.  
Y cuando,  
al alejarme y al dejar detrás la habitación,  
mueren y nacen conversaciones  
de las que nunca seré partícipe.

En esos momentos,  
sé perfectamente  
cómo se han de sentir  
las langostas.



# ARTE



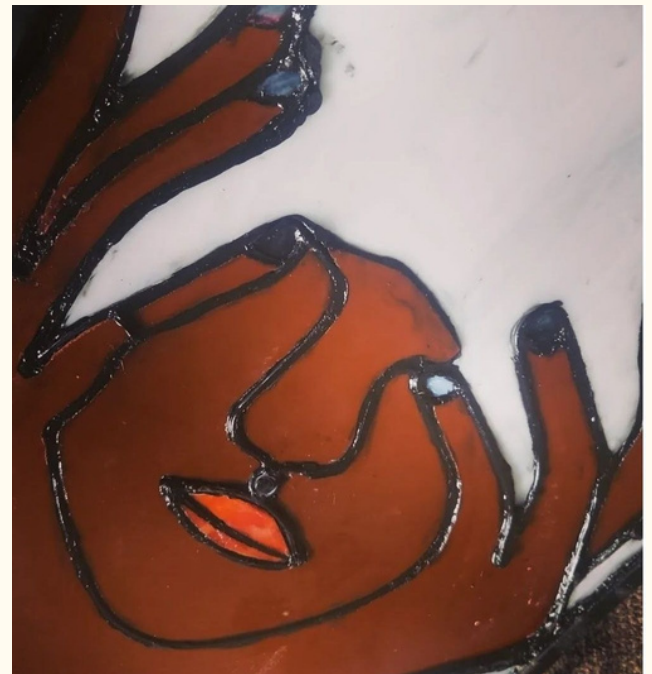
Raspberry Blacmange



Cheesecake



Galletas MSK



Vitral



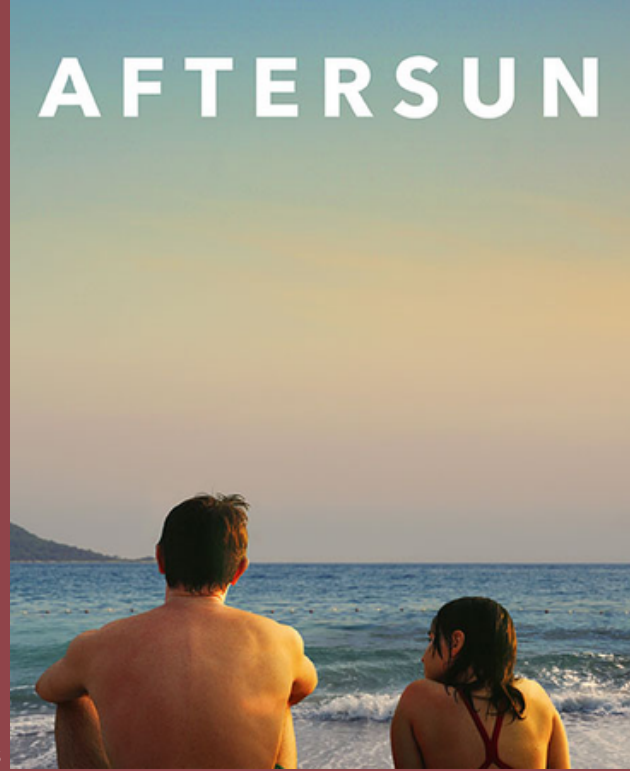
Galletas Bitmoji

B. Marín Rodríguez



# PAUL MESCAL WAS ROBBED

©A24 Films



## Por Laura Torres Rodríguez

The night of the 95th Oscars I went to bed fuming over Paul Mescal's atrocious snub for Best Actor. I could not find rest until all my thoughts on the matter were put down on ink and paper, and as I often do to resolve this, I did just that. When I set out to write this piece I envisioned something far more astute and elegant than what you are about to read. It may or may not have since devolved into an old-woman-yells-at-cloud-esque monologue on why Mescal deserved that win despite this being his first leading role in a film (and therefore first nomination) and going up against some Hollywood tried and tested veterans in undeniably deserving performances as well. But regardless of my ability to gracefully convey that, the fact remains that Paul Mescal's portrayal in "Aftersun" of Calum, an irreparably depressed father hoping for a last hurrah through an intimate holiday with his daughter, is the kind of portrayal that reminds you of emotions long forgotten or suppressed. To be able to elicit such a strong emotional response Mescal wielded raw skill and talent and created true art that is worthy of this accolade. For those weary of spoilers, know that there may be some ahead but that the movie does not hinge on dramatic plot twists such that they might ruin one's first watch.

For brevity's sake I will not necessarily speak on what makes this an Oscar worthy performance partly because I believe the nomination itself does that already. But just because Mescal gave an Oscar worthy performance does not automatically mean the award ought to be his. As I mentioned before, he went up against other Oscar worthy performances as well. Perhaps in a parallel universe I would have argued in favor of any of the other ones, particularly Colin Farrell's in "The Banshees of Inisherin" or Brendan Fraser's winning performance in "The Whale", had they not been dwarfed by Mescal's. I believe both examples were aided by a uniquely dialogue-heavy script, with "The Whale" practically being a stage



performance, and "The Banshees of Inisherin" centering on two friends' row. Therein lies what I believe sets Mescal apart from the rest. His performance is largely a non-verbal communication of adoration and surrender. In any given scene Calum's indifference over his own life and utter devotion to his daughter blend seamlessly despite appearing to be contradictory. One moment we see Calum's eyes filled with bliss and wonder as he listens to his daughter Sophie and the next, we see him unflinchingly walk in front of a massive bus that just barely misses him. Tender moments between a young father and his pre-adolescent daughter are interrupted by increasingly worrying and casual expressions of disregard for his well-being. He quite literally straddles over the edge of a balcony in the same breath as he carefully tucks her in bed sound asleep. Minutes after entertaining Sophie with silly dad dance moves, he grows ominously forlorn discussing his childhood with her. Consumed by a depression so fulminant that it does not allow him to rejoice in his daughter's selfless and beautifully innocent gesture of organizing a birthday serenade, Mescal masterfully conveys without uttering a single word the bewilderment of a man incapable of believing that he deserves even a sliver of happiness and love. He communicates Calum's state of mind so well that we instinctively understand the implication and cannot help but walk away from this movie with a sinking feeling in the pit of our stomachs. His largely muted performance pulls us into experiencing Calum and Sophie's lives in a way no other nominee does for their respective movies and hints at a promising career for Mescal that I will personally be following very closely.

In the hands of a different actor, this deeply personal and intimate movie might not have had the same impact and delivery that it did. I read something the other day (on Twitter, I must confess) that implied "Aftersun" was a movie for girls with daddy issues. It was in the context of a recommendation and whether it was worth watching, to which someone replied such a statement. Despite my best efforts I have been unable to rid my mind of that comment due to the disproportionate rage it provoked in me. Reducing the movie to something only girls with daddy issues can relate to completely cheapens the power of Mescal's performance. Anyone who has had the misfortune of staring into the eyes of a loved one so hopelessly broken and felt the most profound heartbreak that such a memory elicits will be brought to their knees by Mescal. Much like Sophie does by rewatching the vacation home videos in her adulthood, you will catch yourself playing the movie (and perhaps your own memories) twice over in your head trying to piece together an answer to all the questions that organically sprout from the grief of losing someone so inexplicably. What did I miss, where did it all go wrong, what could I have done, what should I have done, how would things have changed, would things have changed, and did any of it matter... until you are pulled into the same fruitless loop that preys on our protagonists with no end in sight. Give this man his Oscar, if not for his contribution to art, then to prevent me from cursing the world with another act of literary terrorism such as this one.

\*Conflict of interest disclosure: I love Ireland.\*



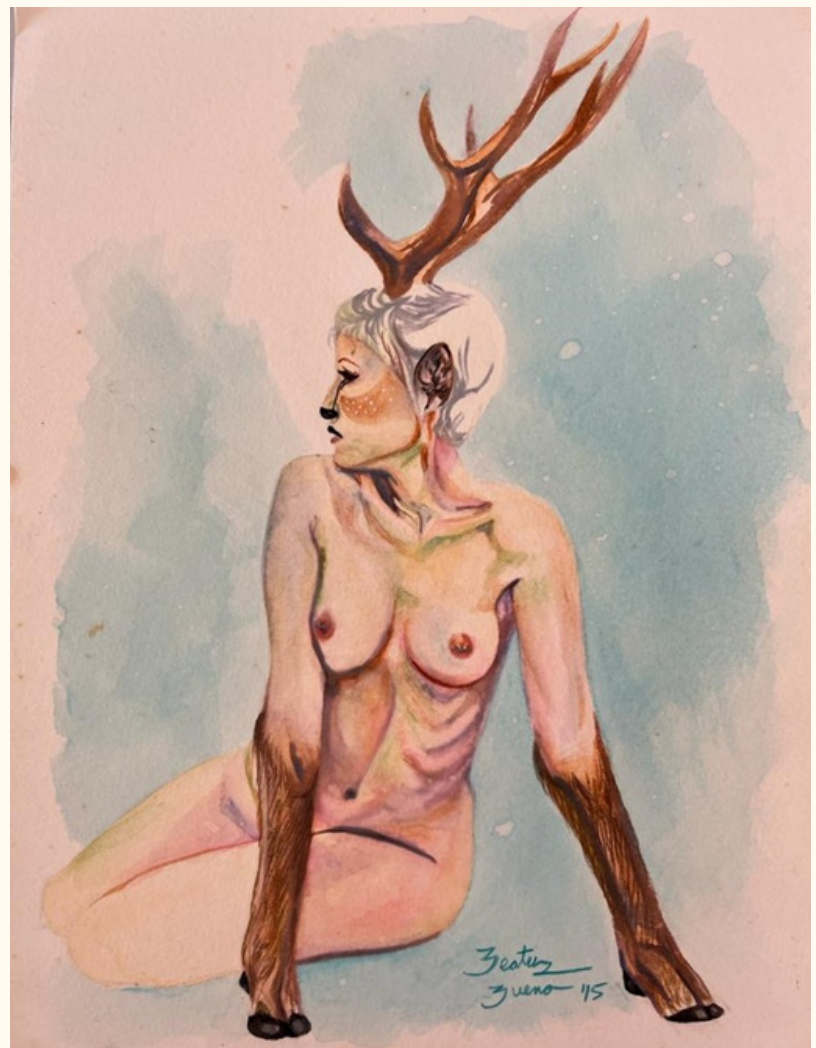




Beatriz H. Bueno Plata



# PINTURAS







## EN PRIMER GRADO

**Por Cristina I. Fernández Hernández**

Luego de echarle agua a su plantita de habichuela, Nicolás correteó por todo el salón hasta aplastar la mosca que se había colado por la ventana durante el almuerzo. Había calculado al milímetro cada movimiento que daría mientras devoraba su sándwich de mezcla hace unos minutos. Fue autor de un asesinato en primer grado.



# *I think* **CONTRIBUIDOR(E)S**

**Ian Alvarado Vélez**

**María Elisa Barreras Torres**

**Jahdiel M. Berríos Rodríguez**

**Nicole Camacho-Fontánez**

**Cristina Fernández Hernández**

**Gladys Flores Romero**

**Natasha Frontera Jiménez**

**Marcel A. González Pedraza**

**B. Marín Rodríguez**

**Daniel Sepúlveda Alemañy**

**Laura Torres Rodríguez**



**ARS BREVIS  
PLAYLIST DE SPOTIFY:**



<https://sptfy.com/N9Hp>

*Las licencias de autor fueron cedidas por los artistas originales a Spotify para su distribución gratuita.*



**REDES SOCIALES:**



@humanistas.rcm  
<https://rb.gy/qh6f7>



Grupo de Interés - Humanismo Médico  
<https://t.me/+TzB-mWl2VrFkNDNh>